CAPITULO VIII.

PUERTA DE LA MARINA.—LOS RAPTORES.—ALGO MAS CON RESPECTO Á LAS MURALLAS DE POMPEYA.—EL ASALTO.—OTRO TERREMOTO.—SORPRESA.

En la tarde del dia en que tuvieron lugar las escenas del capítulo anterior, se efectuaban otras á corta distancia de la *Puerta de la Marina.*

Tres individuos de cetrinos rostros y de musculatura hercúlea, se detuvieron á corta distancia de la ciudad.

El sol empezaba á ocultar su esplendente luz entre las rojas nubes que en Occidente iban á servirle de tumba.

La Puerta de la Marina, desenterrada en 1863, era de aspecto severo, y se levantaba imponente en medio de la tibia luz que empezaba á velar suavemente la tierra.

Aquella puerta, hácia la cual el suelo se veia un poco inclinado, ostentaba en un nicho colocado á la derecha, como aun se ve al presente, una estatua de Minerva, bajo cuya proteccion se hallaba.

Los tres individuos volvieron la cara hácia ella para ver si álguien les seguia, y no descubriendo á nadie, se dirijieron á un sitio próximo al camino en que se levantaban algunos peñascos.

Al llegar á él reconocieron el local, dejando ver en sus rostros una señal de aprobacion.

—No puede ser mas á propósito el sitio para nuestro objeto—dijo uno de ellos que era de una estatura gigantesca.

—¿Y estará Crémes en el puesto que le corresponde para recibir la presa que le llevemos, querido Tetraide?—preguntó al que acababa de hablar uno de los otros.

—Estoy seguro de que hace mas de una hora que se encuentra donde le corresponde.

Lit de Iriarte

MURALLAS DE POMPEYA

junto á la puerta de Herculano (despues de las escavaciones)

—¿Y no pudiste saber de él quién es el que ha dispuesto este rapto?

—Absolutamente nada. Pero como él me advirtió, ¿qué nos importa á nosotros saber quién es el ladron de Eutima, cuando ningun beneficio nos resulta de ello? A nosotros lo que nos importa es que nos llenen los bolsillos de buenos sestercios, y lo que es por este lado no podemos quejarnos, pues nos han dado por delante la mitad de la paga.

—Es cierto. Pero silencio, que por la *Puerta de la Marina* sale hácia aquí un oficial acompañado de una dama.

—Algun enamorado.

—A mala hora se le antoja pasearse por estos sitios.

—¿A que nos estorba para dar el golpe?

—Amigos, silencio, y ocultémonos hasta que pasen; no sea que nos vean.

—Acostémonos en el suelo, que ya están aquí.

—Sí; acostémonos para ver y no ser vistos.

Tetraide y sus dos compañeros se tendieron en el suelo, ocultos detras de las peñas.

Tetraide, cubierto el cuerpo bajo el ramaje que allí crecia, tenia fija la vista, como un lagarto escondido entre la maleza, en la pareja que en aquel momento llegaba enfrente á ellos.

El oficial y la dama se detuvieron, dirijiendo la vista hácia la campiña que les rodeaba.

—Mira, hermosa Clinia, la pintoresca vista que presenta desde aquí Pompeya! Parece una bella matrona reclinada en medio de un lecho de flores, mirándose en el blanco espejo del mar que sus plantas acaricia, cuidada por el magestuoso Vesubio que se eleva como el inmoble centinela de la florífera Campania.

—¡Verdaderamente que es un sorprendente panorama el que nos rodea, querido Plubio! No hay duda que la Campania es el sitio mas delicioso de la Italia: el jardin del jardin de la Europa.

Y el militar y la hermosa paseaban la vista por el armónico y heterogéneo concurso de objetos que presentaba la exhuberante naturaleza.

Desde allí alcanzaban á descubrir en medio de floríferos jardines y de copudos árboles, las tres pintorescas ciudades de Estabia, de Herculano y de Pompeya, muellemente reclinadas al lado del Vesubio, como las tres seductoras Gracias tejiendo el cinturon de Vénus, y descansando al lado del poderoso Júpiter, padre de ellas, que se elevaba á las nubes ostentando su magnificencia y su poder.

Una doble muralla de treinta pies de altura, encerrando un terraplen que podia contener tres carros de frente, defendia á la suntuosa Pompeya, á la mimada ciudad de la Campania, como defiende la espesa y elevada enramada el delicado nido en que el ave cuida de sus queridos hijos.

Una hilera de pintorescas y sólidas almenas colocadas sobre la muralla interior, detras de las cuales se establecian en tiempo de sitio esplanadas de estacas y tablones para guarecer á los defensores, y anchas escaleras de sólida piedra que daban acceso á las murallas, prestaban á la ciudad un aspecto magestuoso á la vez que risueño.

De distancia en distancia se levantaban magestuosamente torres cuadradas de varios pisos, que eran las severas poternas que ostentaban las fortalezas sobre el foso, y que, bañadas en aquel instante por la misteriosa luz del astro luminar que se ocultaba, remedaban aéreas columnas que se elevaban al cielo.

Aquellas torres, que eran nueve, y que dividen aun el recinto en cortinas, cuyo largo varía de ochenta á cuatrocientos ochenta pasos, segun presenta el terreno mas ó menos dificul-

tades para aproximar las máquinas de guerra, se presentan hoy de igual manera, siendo la mas completa la que está próxima á Herculano.

Las ocho magestuosas puertas de Herculano, Estabia, Nocéra, Sarno, Vesubio, Nola, Cápua y la Marina, se presentaban á la vista llenas de severidad y de belleza.

Jardines cubiertos de flores, frondosos bosques, fuentes y arroyuelos, se extendian remedando un tablero de damas, por toda la Campania.

La vista que todo aquel conjunto presentaba, no podia ser mas deliciosa.

Plubio y la hermosa Clinia se habian quedado extasiados de placer, contemplando la magnificencia de la naturaleza y del arte.

Tetraide les miraba, oculto entre las ramas, con los ojos coléricos y encendidos por la ira.

—Quieres, bella Clinia, que nos sentemos encima de esta peña para descansar y ver á la vez todo lo que nos rodea?

Tetraide se estremeció, y volvió el rostro hácia sus compañeros que palidecieron al escuchar aquella proposicion.

Era la hora en que Eutima debia salir de la humilde habitacion en que vivia la pobre familia de pescadores que socorria.

Si Plubio y Clinia se quedaban á descansar allí, era imposible cometer el rapto.

Tetraide y sus dos compañeros veian escapárseles de las manos los sestercios que al entregar á la hija de Diómedes debian darles.

Los tres, pues, esperaron con ansiedad la respuesta de la dama.

—Deseo pasearme un poco mas—contestó Clinia.—Está bellísimo el campo, y la frescura de la brisa convida á perderse entre la sombra de los árboles.

En los cetrinos rostros de los tres malvados brilló la satánica alegria.

—Marchemos, pues, hácia aquel bosquecillo.

Clinia y Plubio siguieron su camino, y á poco se perdieron entre unos árboles que estaban á la izquierda.

Tetraide fué sacando poco á poco la cabeza y levantándose del suelo á medida que el oficial y la dama se alejaron.

Los compañeros continuaban tendidos, siguiendo con la vista los movimientos de Tetraide.

—Levantaos—dijo este;—ya se han ido.

—Buen susto nos han hecho pasar—exclamaron los otros dos levantándose.

—Pero ya no hay cuidado; han desaparecido, y hemos quedado dueños del campo. Eran Plubio y su linda esposa.

—Sí; ya no hay nada que temer.

—Amigos, tengamos fija la vista en aquella casita que se descubre á la derecha. De allí es de donde ha de salir Eutima.

—Mucho tarda ya. ¿Habrá venido?

—¿Pues no os enseñé su carroza que la espera un poco antes de salir de la *Puerta de la Marina?*

—Es cierto.

—Pues eso indica que ha venido. Crémes me habia asegurado que le gustaba andar este tramo á pié, y veo que no me ha engañado.

—Amigos—exclamó uno,—la puerta de la casita se acaba de abrir.

Tetraide y el otro fijaron los ojos en el punto indicado.

De repente apareció en la entrada una dama seguida de una esclava.

—¡Es Eutima!..... —exclamó el gladiador con recocijo mezclado de cierto sobresalto que siempre acompaña al que va á cometer un crímen.—Estad preparados.

Los compañeros de Tetraide y este, se cubrieron los rostros con unos lienzos, metieron la mano derecha en la manga de sus túnicas, y las sacaron empuñando afilados puñales.

Las sombras empezaban á envolver la tierra.

Eutima, seguida de la esclava, se acercaba al sitio en que estaban ocultos los malhechores, sin recelar el mal que le esperaba.

Tetraide y sus compañeros la miraban sin apartar la vista de ella.

La confiada jóven llegó á poco junto al peñasco.

Los criminales oian claramente su respiracion.

Los compañeros de Tetraide se iban á arrojar sobre ella; pero este les detuvo.

El gigante gladiador esperó á que estuviese aun mas cerca.

El sol se habia ocultado enteramente, entre tanto.

De repente hizo Tetraide una señal, y saliendo con la velocidad del rayo de detras de la peña, se arrojó, acompañado de otro, sobre Eutima, mientras el tercero sujetaba á la esclava.

Eutima quiso gritar, pero no pudo.

Un lienzo habian colocado en su boca para impedírselo.

La esclava se vió igualmente sujeta por el que se habia arrojado sobre ella.

Tetraide cojió á Eutima en sus brazos para llevarla.

En aquel mismo momento se estremeció la tierra.

Era otro terremoto, tan fuerte como el que sorprendió á Apoicide la noche que luchó con Arbace.

Tetraide palideció.

Eutima lanzó un grito al ver por un instante libre su boca de la mano del gladiador.

Este iba á tapársela de nuevo, cuando, de repente, vió caer sobre él y sus compañeros tres hombres descargando terribles cuchilladas.

Sobrecogidos de espanto por aquella aparicion repentina, y dominados aun por el temor del terremoto, creyeron que aquellos seres habian sido brotados por el averno.

Entonces abandonando á Eutima y á la esclava, trataron de defenderse, y empuñaron sus puñales.

¿Qué pasó despues?